

CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA: EDUCACIÓN Y DESTINO

Juan Ramón CORPAS MAULEÓN

jrcorpasm@gmail.com

“**E**stando el infante don Juan de Aragón en este año (1421) en su villa de Peñafiel, parió la reina doña Blanca, su mujer, que posaba en el monasterio de frailes predicadores, un hijo, un jueves a veintinueve de mayo, a la hora de nona. Y llamose Carlos, como su abuelo, por la gran obstinación de los navarros, pues el infante don Juan, su padre, quería llamarlo Fernando, como el rey de Aragón su padre, pero los navarros insistieron en que se llamase Carlos, como su abuelo Carlos el Noble”. Cuenta el cronista de Juan de Aragón, Alvar García de Santamaría.

NACIMIENTO

Carlos III de Navarra, que ha perdido precozmente a sus dos hijos varones, Carlos y Luis, envía a Peñafiel para el alumbramiento una partera y cinco nodrizas nativas, acaso no confía en los cuidados que su yerno va a prodigar a su hija y sucesora. Es mucha la ilusión con la que el rey noble recibe a este heredero y la largueza con que premia al portador de la noticia del nacimiento: 4.000 florines de oro. El 11 de junio de 1422, las Cortes juran en Pamplona al niño por futuro rey y señor natural. Sus padrinos de bautizo han sido el rey Juan II de Castilla y su válido don Álvaro de Luna.

“Sea enviado a Navarra dentro del año en que hubiere nacido... criado en dicho Reyno a las costumbres de la tierra”, dictan las capitulaciones matrimoniales; en cumplimiento de las cuales el niño viaja con su madre a Olite, donde se cría y pasa buena parte de su infancia y juventud.

El 20 de enero de 1423, en Tudela, el monarca crea un título análogo a los de los sucesores de otras casas reinantes europeas: el Principado



Convento de San Pablo, Peñafiel.

de Viana, y da al infante las villas de Viana, Laguardia, San Vicente, Bernedo, Aguilar, Genevilla, Lapoblación, San Pedro, Cabredo, el valle de Campezo y los castillos de Marañón, Toro, Fitero, Ferrera y Buradón; por otro lado, don Carlos recibe de su abuelo Corella, Cintruénigo, Peralta y Cadreita, con la prohibición de venderlas, enajenarlas, darlas en prenda o compartirlas. Son todas plazas fronterizas con Castilla, y el rey vincula así estas poblaciones y sus territorios tributarios a la corona, las deja a salvo de la codicia de los grandes señores y asegura con sus rentas una posición desahogada para que su nieto y heredero pueda mantener un hostel principesco y cortesano.

En sus primeros años visita su localidad natal, Peñafiel, en la que su padre tiene corte y utiliza como centro de operaciones. Sin duda, el joven príncipe percibe una atmósfera familiar y reconocible: Un soberbio castillo en Peñafiel de la misma manera que en Olite. Una iglesia de Santa María central en ambas poblaciones. La torre del reloj, y la torre del chapitel con el primer reloj mecánico conocido del reino pirenaico, en 1403.

Con los ojos acostumbrados a las ricas yeserías de palacio, aprecia el extraordinario ábside mudéjar del convento de San Pablo, su lugar natal. También la grandeza conventual de las dos poblaciones: San Pablo, San Francisco, San Pedro. Y le agrada la presencia de bodegas que horadan la colina acastillada y sus graciosas luceras que evocan las galerías que ocupan el subsuelo de Olite. Pero si algo se le hace conocido es la presencia del vino y su aroma; en Olite se respira, de igual manera que en Peñafiel, amor y cuidado por la vitivinicultura. Basta con contemplar los relieves policromados de Santa María la Real, que muestran cepas y zarcillos, pámpanos y hojas de parra, uvas y racimos.

SU LINAJE

Su padre, Juan, es un desconocido de visitas fugaces, sin otro afán que recaudar fondos en Navarra para financiar sus obsesivas empresas en Castilla, donde protagoniza una auténtica

guerra civil en su enfrentamiento con Álvaro de Luna. El tiempo y los vientos políticos le van a hacer primero infante de Aragón, tras la coronación de su padre Fernando I en 1412, y a la vez gran señor de Castilla; después, rey consorte de Navarra (1425); y finalmente (1458) sucesor de su hermano en las coronas de Sicilia, Nápoles, Aragón, Mallorca, Valencia, Cerdeña, y el condado de Barcelona.

Su madre, culta y conocedora del fulgor del Quattrocento en sus trece años de buen gobierno de Sicilia, designa para el niño los mejores maestros. Tutor, Juan de Beaumont, prior de la Orden de San Juan; ayo, Martín Fernández de Sarasa; y preceptores como el humanista castellano Alfonso de la Torre, el poeta catalán Pere Torroella, el intelectual Pedro de Sada o el maestrescuela Fernando de Galdeano, entre otros; maestre Alfonso, preceptor de esgrima, o su montero Garchot de Murillo. Un confesor le ilustra en la fe y la liturgia, y ella misma le orienta en sus devociones y en el ejercicio de la generosidad que le acompañará toda su vida *“tan magnífico y espléndido, según le había educado su madre, que cada día daba a quien quería cinco monedas de oro”*.

En él convergen dos casas reales: los Trastámara, dinastía de bastardos de Alfonso XI, ambiciosos y tenaces, que en poco tiempo se hacen con el dominio de España; y los Evreux, antiguo linaje orgulloso de sus ancestros. Hijo de ambas, Carlos —Charles es su firma como la de su abuelo y su bisabuelo—, que se sabe de la estirpe de Carlomagno y descendiente de San Luis, en cuya copa de oro bebe y cuyo libro de horas lee, disfruta de un ambiente propicio en el palacio de Olite, uno de los más lujosos y cortesanos de la Europa de su tiempo. Desde muy joven tiene hostel propio: capilla, sala de armas, escudería y equipos de caza. Las rentas de sus señoríos le dan un holgado bienestar que reparte con magnanimidad entre necesitados, amigos y próximos.

Para las navidades de 1433, la reina Blanca regala a su hijo un dragón que se construye en Tudela. En las cavidades orbitarias se instala un artificio para alojar velas de cera de modo que los ojos expulsen fuego y humo. Hay quizás una fascinación por los dragones que explica la importancia que el príncipe da a las celebraciones del día de San Jorge. Y ofrece acaso las claves de que se represente en forma de San Jorge salvador de la doncella y vencedor del dragón en el retablo atribuido a Jaume Huguet.

Habla y escribe en latín y romance, francés, italiano y catalán. Tiene instrumentistas ingleses, tañedores de laúd navarros, músicos franceses. Y como todo príncipe, se ejercita en la caza y

la caballería. Rodeado de animales, cuida sus caballos, entrena sus jaurías de perros y sus aves de cetrería, gerifaltes, halcones, sacres, a las que llama por su nombre: Blanquette, Cabrera, Passepoint, Ferravant, Maya... Al caer la tarde escucha a sus músicos y a veces canta, acompañado por la vihuela, sus propios versos.

MATRIMONIO

Con dieciocho años casa con Inés de Clèves, sobrina de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, la más poderosa dinastía de Francia tras la casa real. La novia desembarca en Bilbao en agosto de 1439, la recibe Juan de Beaumont, prior de San Juan de Jerusalén y ayo del príncipe, con un séquito de sesenta personas y ciento veinte caballos. Llega con su hermano Juan y noventa cortesanos, amén de servidores. Son precisos seis días para cargar el ajuar en las caballerías. Carlos le aguarda en el palacio de los Reyes de Navarra de Estella, donde se encuentran los jóvenes príncipes antes de realizar un recorrido triunfal por el reino hasta Olite, y el 30 de septiembre contraen matrimonio en la iglesia de Santa María, con gran fiesta y regocijo de gentes.

En agosto de 1440 la reina Blanca viaja con su hija, la infanta Blanca, para las nupcias con Enrique de Castilla en Valladolid. Carlos ostenta el título de Príncipe de Viana, primogénito, heredero y gobernador de Navarra. Toma las riendas del gobierno a la vez que multiplica las fiestas y reitera las muestras de su proverbial generosidad con limosnas para los necesitados, favores y festejos para su círculo nobiliario, y regalos caros y suntuosos a sus hermanas y sobre todo a la princesa Inés. Pero su alegría dura poco. El 1 de abril de 1441, su madre muere en Santa María de Nieva, y se offician en la catedral de Pamplona *“los más solemnes funerales que haya tenido nunca un soberano de Navarra”*. Sin presencia del rey Juan, su marido, la grandiosa despedida trasluce la inquietud por el futuro del reino.



Vista del Castillo de Olite.



Carta de pago firmada por el Príncipe de Viana como Charles.

El joven príncipe, de veinte años, es por derecho el nuevo rey de Navarra, pero una extraña cláusula del testamento de su madre indica que no tome la corona sin el consentimiento paterno. Padre e hijo se reúnen en Santo Domingo de la Calzada, donde Don Juan confirma su papel como rey y deja en manos del príncipe el cargo de su lugarteniente en Navarra en tanto que él permanezca en sus guerras castellanas.

Desde este momento gobierna como un verdadero monarca. Toma decisiones, convoca y preside cortes, hace nombramientos y administra las cuestiones del reino sin que su padre, abismado en sus querellas castellanas, aparezca apenas por Navarra, salvo por los apremios económicos para las guerras de Castilla. Estos nueve años probablemente son "los más felices de la existencia del príncipe". La descripción de Sebastián Iltung da fe del esplendor palaciego: "Caminando por dicho reyno, llegué a una buena ciudad llamada Olite en la cual estaba el príncipe que por entonces era Rey de Navarra, puesto que el reyno entero le obedecía más que a su mismo padre el cual andaba siempre enemistado con su pueblo. Llevome un heraldo ante dicho príncipe o Rey el cual era muy joven; tratome amistosamente. Seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo más hermoso, de tantas habitaciones doradas. Vilo yo entonces bien; no se podría decir ni aun se podría siquiera imaginar cuán magnifico y suntuoso es dicho palacio."

Olite es una corte ilustrada en la que se disfruta de la alta cultura de la época. Asombra la cantidad de músicos y artistas acogidos al mecenazgo y la fama del príncipe. Varios de ellos seguirán después en el séquito de su hermana Leonor o incluso de su padre Juan II de Aragón: trovadores ciegos, juglares de boca, tañedores de laúd, poetas populares o de la más elabora-

da formación aparecen en el Cancionero de Herbaray des Essarts; para los especialistas, el primer Cancionero de España.

LA GUERRA

Dos sucesos vienen a enturbiar estos años venturosos: el 1 de julio de 1447, el rey Juan contrae matrimonio con Juana Enríquez, hija del poderoso almirante de Castilla Fadrique Enríquez. El 6 de abril de 1448 muere con solo 26 años su esposa Inés de Cleves, sin haber conseguido descendencia.

En 1445, la derrota de Olmedo ha desbaratado las pretensiones castellanas del rey Juan, que vuelve a poner sus ojos en Navarra. En enero de 1450 aparta a Carlos del papel de rey de facto que venía ejerciendo, tras lo cual el príncipe huye a Castilla. Se abre un periodo de desconfianzas, acercamientos y reconciliaciones en el que emergen de forma abierta las rivalidades larvadas entre facciones nobiliarias y clanes territoriales que desembocan en una guerra civil.

Finalmente, el 23 de octubre de 1451 se enfrentan ambos ejércitos en la batalla de Aibar, donde el príncipe es derrotado y hecho prisionero junto a su condestable Luis de Beaumont. Juana Enríquez, en estado de gestación, se traslada a Sos, para que su hijo, el futuro Fernando el Católico, nazca en Aragón. El niño es bautizado el 11 de febrero de 1453 en la Seo de Zaragoza, mientras su hermano está preso en la Aljafería.

Prisionero de su padre durante veinte meses (1521-1523), Carlos revisa antiguos textos "recorrimos a las corónicas de Castilla, a las de Aragón et de Francia et buscamos los antiguos archivos desde nuestro regno et de nuestra cambra de Comptos", y redacta su crónica: "En el año del nacimiento de Nuestro Señor, de 1454 años, Nos, el príncipe D. Carlos Cuarto, propietario y

natural Señor del reino de Navarra, compusimos la presente Crónica de los Reyes de Navarra, nuestros antecesores, cuyas almas en la paz eterna del Creador reposen. Amen."



Castillo de Peñafiel.

Escrita en romance navarro, su idioma y el de su reino, aporta una revisión historiográfica de interés cuando las referencias a la historia navarra son escasas. Recoge genealogías, coronaciones, vidas y bodas, guerras, fallecimientos y sucesiones, a la vez que repasa la trayectoria de su linaje, fundamento y reivindicación de su derecho: *"et para tractar como los reyes de Navarra cuyo heredero soy y espero a regnar"*. Exalta a los príncipes Evreux, señala la prosapia y antigüedad de su linaje, que remite a Carlomagno, y refiere la batalla de Roncesvalles y el surgimiento del viejo reino: *"la diferencia entre Carlos y su padre era que el primero podía enorgullecerse de pertenecer a una rancia y longeva familia real heredera de San Luis, por un lado, y de Sancho el Mayor, por otro. Carlos era un príncipe Trastámara, es cierto, pero también un Evreux, y por tanto un Capeto. Su padre no podía jactarse de tener tan ilustres antepasados. Por las venas de Carlos corría la sangre de los reyes de Navarra, con todas las particularidades que la realeza navarra suponía acumuladas durante los últimos siglos. De ahí el interés del príncipe por exaltar al linaje de los reyes de Navarra en su Crónica"*, escribe el historiador Íñigo Mugueta.

Y desvela el origen del escudo de Navarra: *"el rey D. Sancho VII [...] conquistó las cadenas por armas, é asentolas sobre las ariestas con un punto de sinople"*. De su mano la leyenda heráldica de las cadenas, probablemente conservada y transmitida en la casa real, emerge en documentos e iconografía y perdura hasta hoy.

Su cautividad provoca la consternación en los reinos de los que es heredero, y la presión de los regidores aragoneses obliga a su padre a entregarlo a la jurisdicción de las Cortes de Aragón que fijan los términos de un acuerdo paternofilial y decretan su libertad en 1453. Carlos regresa a Navarra y desde Pamplona establece una administración paralela a la de su pa-

dre, Juan, que se titula siempre Rey de Navarra. Se reinician los enfrentamientos banderizos entre los miembros de ambas facciones. Juan deshereda a sus hijos Carlos y Blanca *"como si naturalmente fuesen muertos"*. Con su causa perdida, sus partidarios cada vez más débiles, sin ayuda en Castilla ni Aragón, Carlos busca apoyos fuera de Navarra en una nueva fuga en julio de 1456. Lo canta el anónimo Cancionero del Ateneo de Barcelona:

*"Por los montes Pirineos,
vi pasar muy aquejado
al buen príncipe don Karles
de su padre mal irado"*

HACIA NÁPOLES

El rey Carlos VII le recibe en París. En Roma, el papa Calixto III, Alfonso de Borja, buen conocedor de la situación de la corona aragonesa. En los primeros días de 1457 llega a Nápoles junto a su tío Alfonso que ha atraído a su corte a los mejores literatos y artistas del humanismo italiano. Conoce a Teodoro Gaza, Francisco Filelfo, Antonio de Palermo, Enea Silvio Piccolomini (futuro papa Pío II), Jorge de Trebisonda, Pier Cándido Decembrio, Lorenzo Valla, Bartolomé Fazio, Leonardo Bruni, Poggi Bracciolini...

Vespasiano da Bisticci escribe: *"Amaba mucho la literatura y siempre que estaba en Nápoles, hacía leer cada día a maese Antonio Panormitano las Décadas de Tito Livio, sobre cuyos capítulos luego discutía con muchos de los señores allí congregados. Se hacía leer además otras lecciones de las Sagradas Escrituras, y también obras de Séneca y de otros filósofos. Y era cosa digna de ver el mucho tiempo que empleaba Su Majestad en estos asuntos"*. Porque la trayectoria de un verdadero intelectual exige no dejar nunca de aprender, de crecer, de madurar. Estudia y traduce del latín la Ética a Nicómaco de Aristóteles, uno de los textos sobre moral más influyentes en el pensamiento de Occidente, para lo que toma el texto latino de Leonardo de Arezzo y lo plasma en un castellano culto y elegante. Dedicada a su tío Alfonso V, conlleva una reflexión sobre conducta individual y política, esfuerzo y corazón.

Enriquece y adensa su educación. Su tío intenta un arreglo entre su hermano, el impetuoso y violento Juan, y su sobrino, el culto y reflexivo Carlos. Probablemente datan de este tiempo las demandas poéticas sobre la "Cuestión de amor" de su correspondencia con Diego de Castro o Gois de Corella; esta última plantea la elección entre: *"dos damas [...] de las cuales damas fuesee la una mucho amada hi el non d'ella amado, e la otra que a ell amara hic el no a ella, ¿a qual d'estas daría la vida?"*



Heráldica de los reyes Blanca y Juan de Navarra, padres del Príncipe. Convento de San Francisco, Olite.

Pero al año y medio de su estancia napolitana Alfonso V muere, el 27 de junio de 1458, y todo cambia de nuevo. Juan II se hace proclamar rey de Aragón, el día 15 de julio, y el 27 del mismo mes otorga Fernando, el hijo tenido con Juana Enríquez, los títulos de duque de Montblanc, conde de Ribagorza y señor de Balaguer, los que ostenta el heredero legítimo de Aragón. Nada podría ir peor para el desdichado príncipe de Viana. El 20 de agosto 1459 desembarca en Mallorca por orden de su padre y permanece hasta final de marzo de 1560; intentan acordar su matrimonio con la infanta Catalina de Portugal, mientras mantiene una relación amorosa con Margalida Colón, de Felanitx.

El 25 de marzo de 1460 entra en Barcelona, acogido con manifestaciones multitudinarias de apoyo, negocia su matrimonio con la infanta Isabel de Castilla en contra de las previsiones de su padre y su madrastra que la desean para el segundogénito Fernando. El rey acude a Cataluña, junto con Juana Enríquez y su hijo Fernando y convoca cortes catalanas en Lérida, donde el 1 de diciembre, el príncipe es apresado y confinado en el castillo de Morella.

El poeta Joan Fogassot, escribe:

*“En nostre temps vists n'avem prou grans actes
Pel virtuos don Carles d'Aragó
Tan desitjat, detengut en presó
Contra statuts, libertats, leys e pactes”.*

Esta segunda prisión de Carlos desencadena una verdadera revolución. En los días 7 y 8 de enero de 1461, es proclamado primogénito por

los consellers de Cataluña. Además, detienen al gobernador general del rey y levantan en armas un ejército al que se unen contingentes navarros beaumonteses. No solo Cataluña y Navarra, los restantes reinos y señoríos de la corona de Aragón se unen a la exigencia de la liberación de don Carlos. Finalmente, a Juan II no le queda más remedio que ponerle en libertad el 25 de febrero de 1461. A su llegada a Barcelona el 12 de marzo, la recepción por la multitud enfervorizada supera a la del año anterior. Y una vez más comienzan las negociaciones para un acuerdo que se plasma en las capitulaciones de Villafranca del Penedés el 21 de junio de 1461, que nunca llega a cumplirse, pues el príncipe muere en Barcelona el 23 de septiembre de 1461.

Diego Enríquez del Castillo, cronista de Enrique IV: *“Después que el rey don Juan de Aragón sacó de la prisión al príncipe don Carlos, su hijo, y lo llevaron los catalanes a Barcelona, nunca se sintió bueno, ni tuvo disposición de salud en su persona. Bien al contrario, la enfermedad creció tanto en él que, sin hallar mejoría, falleció. Por cuya muerte todos los del principado de Cataluña tuvieron gran sentimiento y se rebelaron, alzándose en armas contra su rey, diciendo que él había sido el causante de que mataran a su hijo con hierbas. El padre se apoderó entonces de él, púsole en prisión, y como tampoco quisiera obedecerle, vino la madrastra, lo envenenó y murió”.*

Tras su muerte, se propaga su fama de santidad: “comenzó a hacer diversos milagros, que era cosa de gran maravilla. Y por causa de los dichos milagros, la devoción de las gentes era tanta que alrededor del cuerpo del príncipe se amontonó tanta gente que obligó a los consellers a rodearlo con vallas de madera con dos puertas, de forma que por un lado entrasen las gentes, y por el otro salieran, y era tal la devoción que se llevaban trozos de la tela que cubría la caja donde reposaba el señor príncipe”.

El inventario de sus bienes da fe, mejor que ningún otro documento de la Europa de su tiempo, de la naturaleza y detalles del ajuar de un príncipe, de su refinamiento y sus gustos. Indica su amor al lujo y el significado de ostentación de la majestad que ello representa. Su excepcional biblioteca confirma su altura intelectual: más de cien libros, una pequeña parte de su colección libresca que le acompaña en sus viajes. Teología y clásicos grecolatinos, literatura, poesía, relatos y canciones medievales, historia, tratados de leyes, alfabeto griego, lapidarios, y textos de los grandes humanistas: Boecio, Leonardo Aretino, Dante, Petrarca... En romance castellano o francés, en catalán, griego o latín.



Juan II y Carlos de Viana en Lérida (Juan Serra, c. 1900).

SU RECUERDO

Pocas figuras tan grabadas en el imaginario colectivo como la de Don Carlos, príncipe de Viana. Desde el siglo XV hasta hoy cronistas, narradores y poetas han glosado su historia o novelado su destino, confrontando la temible determinación de Juan II con la imagen del príncipe culto, gentil y desafortunado. La vida de quien está llamado a ser rey de Navarra y Aragón y acaso artífice de la unión de los reinos hispánicos, pero a quien todo le es hurta- do, excita la creatividad del siglo XIX, proclive a la recreación histórica y la ensoñación romántica, que lo presenta vacilante entre la defensa de sus derechos usurpados por su padre y la obediencia debida al mismo. Y es notable la frecuencia con la que aparecen cada poco tiempo nuevas obras de investigación o divulgación histórica, de ensayo o aproxima-

ción a su figura, de fantasía o de ficción. Veamos algunos textos:

Del capellán de Alfonso V el Magnánimo: *“fue criado y educado en gran virtud; era muy bello, muy sabio, muy sutil, muy agudo y de muy clara inteligencia. Excelente trovador, gran recitador, danzador, cabalgador, muy cumplido de todo amor y gracia. Poseyó gran ciencia y todo el tiempo de su vida amó el estudio. Fue un verdadero y devoto cristiano, y tuvo el amor de todas las gentes del mundo.”*

De crónicas francesas, principios del s. XVII: *“No se habría hallado en aquel tiempo un príncipe más generoso ni más instruido que don Carlos de Navarra, ya que además de sus dotes naturales de belleza, dulzura afabilidad hacia todos y grandeza de ánimo según convenía, se había formado en la santa doctrina, que regía sus gentiles costumbres, y muchas de las hermosas y encomiables ciencias por las que él era admirado en su tiempo y se hizo famoso tras su muerte”.*

Del padre Juan de Mariana: *“Mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre más manso”.*

De Manuel José Quintana: *“con él se perdió el Príncipe más cabal que entonces se conocía [...] que recibió de sus mayores la mejor educación, que criado en costumbres pacíficas se dio al estudio, no para pasar el rato vana y ociosamente, sino para instruirse en aquella parte de la sabiduría sin la cual los estados no pueden ser bien fundados e instituidos, aquel que en los nueve años de su gobierno en Navarra dio prueba de su moderación y de su justicia, aquel a quien los votos, las aclamaciones de todos los pueblos que le conocieron llamaron al mando y al gobierno, acabó desdichado, luchando por su existencia, aborrecido y perseguido por su padre, y despojado de todo lo que era suyo”.*

Podrían citarse muchas más para recordar a un hombre de tan alta educación como tristes destinos: Carlos, príncipe de Viana. **PREGON**

El autor es poeta y ex-consejero de Cultura del Gobierno de Navarra.



La corte del príncipe de Viana en Olite. Texto y dibujos de Sebastián Illsung. 1446.